
MARX Y LAS «LEYES DEL MOVIMIENTO» DEL CAPITALISMO

Paolo Sylos-Labini

análisis y debate



2

Miseria creciente de la clase obrera, proletarización de los sectores medio y caída tendencial de los beneficios, son las tres leyes fundamentales de movimiento sobre cuya base Marx profetizó la inevitable catástrofe del capitalismo. Estas tres leyes han sido desmentidas por la historia: no ha habido miseria creciente de los obreros; la masa de los proletarios, antes que tornarse en la gran mayoría de la población, se ha reducido, no sólo en términos relativos, sino también absolutos; la tasa del beneficio no ha mostrado ninguna evidente tendencia a la caída. La misma revolución rusa ha sido cebada no por la caída de los beneficios o por masas de obreros sublevados contra la explotación en las fábricas, sino por los gravísimos sufrimientos de una guerra mundial y por una derrota militar que había derrumbado el prestigio del régimen zarista.

A diferencia de las previsiones catastróficas, no pocas previsiones económicas marxistas menos elaboradas —y en especial las relativas a la concentración de las unidades productivas y a las crisis cíclicas del capitalismo— han resultado verdaderas y fecundas.

Cualquier estudioso de disciplinas económicas y sociales puede aprender mucho de Marx, sin modificar por ello sus propias convicciones políticas: es hora de abandonar, en consecuencia, todo prejuicio o sectarismo.

¿Qué juicio se debe dar de las previsiones de Marx cuando se cotejan con la marcha real de las economías capitalistas?

Mientras para muchos economistas la cuestión de las previsiones no es vital, en el caso de Marx —que considero aquí en cuanto economista— es mucho más seria, ya que su socialismo científico consistía principalmente en el intento de individualizar las leyes de movimiento de la sociedad capitalista: sólo así habría sido posible, no en el plano proyectual abstracto (utopístico), sino en la acción concreta, en la praxis social, sobre todo a través del movimiento obrero, elaborar una estrategia para cambiar radicalmente la sociedad. La comprensión de las leyes de movimiento habría consentido precisamente previsiones, sin embargo, no deterministas, y tales previsiones habrían sido una guía esencial para la acción. En la concepción de Marx (pero no en la de muchos marxistas) las previsiones no tienen ni pueden tener naturaleza determinista, porque las leyes del movimiento son leyes «absolutas» o tendenciales: su acción, advierte Marx, es modificada por múltiples circunstancias. Esta advertencia, no obstante, no puede cancelar o derrumbar sin más las expectativas implícitas en aquellas «leyes»: si una tendencia dada resulta más que compensada por contratendencias, esto significa que éstas han sido más fuertes que aquélla y merecen más que aquéllas la atención del estudioso. En otras palabras, ni siquiera los discípulos más fieles de Marx pueden presentar las previsiones como interpretables al propio arbitrio, adaptándolas a los hechos: el cotejo, aún con las calificaciones necesarias, es significativo.

Considerado esto, me propongo llamar la atención del lector sobre cinco grandes previsiones de Marx: la previsión correspondiente a la tendencia de los salarios, la correspondiente a la sistemática expansión del proletariado y la flexión de los sectores intermedios tradicionales, la relativa a la caída tendencial de los beneficios y a la crisis general del capitalismo, la previsión de la progresiva concentración de las fluctuaciones cíclicas en el proceso de acumulación capitalista. Digo de inmediato que las tres primeras previsiones han resultado claramente erróneas, mientras que las dos últimas se muestran sustancialmente correctas. Aún teniendo en cuenta que la distinción entre análisis político y análisis económico es esencialmente formal, no parece fuera de lugar afirmar que las tres primeras previsiones —las que considero erróneas— son relevantes sobre todo para el político, mientras que las dos últimas interesan de manera preeminente al economista.

La miseria creciente

Según Marx los salarios unitarios, aún fluctuando, tienden a permanecer relativamente estables y a gravitar sobre el nivel de la subsistencia y de la reproducción. En ciertos momentos Marx parece sostener que la subsistencia se entiende en el sentido histórico-social y no estrechamente biológico, y que este nivel puede crecer aunque sólo en períodos larguísimo. En otros momentos, viceversa, parece sostener la tesis de que las condiciones de los asalariados tienden a empeorar propiamente en sentido económico; ciertamente tienden a empeorar bajo el aspecto de la penosidad del trabajo. Por otra parte, tiende a aumentar el ejército industrial de reserva, o sea la masa de los desocupados. En general, la tendencia sería hacia el empeoramiento, que puede ser entendido en el sentido cuantitativo, en el sentido cualitativo, o en ambos sentidos. He aquí algunas citas relevantes:

«El costo de un obrero se limita (...) a los medios de subsistencia necesarios para mantenerlo vivo y para perpetuar la raza (...). Cuanto más se desarrollan el maquinismo y la división del trabajo, tanto más crece la suma del trabajo, tanto por el aumento de los horarios, como por la intensificación del trabajo requerido en una medida de tiempo dada, o por la creciente velocidad de las máquinas, etc.» (*Manifiesto*, cap. I).

«...El obrero moderno, en lugar de elevarse con el progreso de la industria, cae siempre más abajo, por debajo de las mismas condiciones de la propia clase. El obrero se transforma en pobre, y la pauperización tiende a aumentar bastante más rápidamente que la población y que la riqueza» (*Manifiesto*, cap. I).

«La fuerza de trabajo disponible se desarrolla por las mismas causas que desarrollan la fuerza de expansión del capital; la grandeza relativa del ejército industrial de reserva aumenta, entonces, con el aumento de la riqueza» (*El capital*, libro I, cap. XXIII).

«Todos los métodos (...) para multiplicar la fuerza del trabajo (...) mutilan al obrero, haciendo de él un fragmento de hombres; lo reducen a insignificante apéndice de la máquina; destruyen con el tormento de su trabajo el contenido del trabajo mismo (...). De esto resulta que, cualquiera sea el tipo de salarios, alto o bajo, la condición de los trabajadores debe empeorar» (*El capital*, libro I, cap. XXIII).

No parece entonces forzada la interpretación de quien atribuye a Marx la tesis de la miseria creciente del proletariado, aunque no se pueda hacer referencia simplemente a los salarios reales. Esta tesis se revela hoy claramente errónea. En verdad, en los tiempos de Marx no se había manifestado aún la tendencia al rápido aumento de los salarios reales. Y también es verdad que tal tendencia se ha manifestado sólo en algunos y no en todos los países llamados capitalistas. Pero, aún admitiendo todo lo dicho, es evidente que la tesis del progresivo empeoramiento de las condiciones de los obreros no corresponde a los hechos: la indicada por Marx era, sin más, una tendencia contingente, no una tendencia necesariamente inherente al proceso de acumulación capitalista.

La proletarización de las clases medias

El proletariado tiende a expandirse incesantemente —ésta es la segunda gran previsión—, no sólo como consecuencia del aumento de la población, sino también por el efecto de la crisis de las clases medias tradicionales:

La antigua clase media (pequeños industriales, comerciantes, pequeños propietarios, artesanos, agricultores) se arruina y cae en el proletariado, o porque el exiguo capital del que estas categorías disponen no basta para el ejercicio de la gran industria, o porque la competencia de los capitalistas más fuertes los aplasta, o porque sus capacidades técnicas y organizativas son devaluadas por los nuevos métodos de producción. Así el proletariado se recluta ya en todas las clases (*Manifiesto*, cap. I).

Por lo tanto, la incesante expansión del proletariado no puede dar otro resultado que una situación en la cual esta clase social se vuelve la «inmensa mayoría de la población» (la expresión es usada por Marx en el *Manifiesto*).

También esta previsión ha resultado errónea. Más precisamente: la progresiva reducción en el número de campesinos independientes ha tenido lugar, en efecto; pero luego ha habido también una relevante flexión en el número de los asalariados agrícolas, expresiones —una y otra flexión— de aquel único grandioso proceso, que ha caracterizado

a todos los países que se han desarrollado y que continúan desarrollándose, y que consiste en el éxodo rural y en la consiguiente expansión de los centros urbanos. Numerosos pequeños industriales y numerosos artesanos han entrado en crisis y han sido obligados a hacerse trabajadores independientes; pero han aparecido otros pequeños industriales y otros artesanos; la suma algebraica en ciertos períodos históricos ha sido negativa, en otros períodos —como el actual— ha sido decididamente positiva. Finalmente, ha sido casi siempre positiva la suma algebraica correspondiente a los comerciantes.

Si en general las clases medias tradicionales han sufrido un proceso de decaimiento relativo (no absoluto), han surgido nuevas clases medias, que en los tiempos de Marx representaban un estrato muy exiguo de la población: son los empleados, públicos y privados, los profesionales (de los que también ha crecido el número por la aparición de profesiones nuevas), los técnicos. Algunos marxistas han sostenido la tesis de que, si no todos, en buena parte estos sectores se asimilan a los proletarios, ya que no poseen los medios de producción. Es una tesis manifiestamente absurda, no sólo por razones económicas (si no se quiere hacer violencia a las palabras, los proletarios son aquellos que viven a nivel de subsistencia —aunque sea histórico-social—, incluida la reproducción: tienen sólo su capacidad de trabajo, tienen la prole para mantener), sino también por razones de cultura y educación.

Algunos estudiosos marxistas han creído individualizar una tendencia a la proletarianización de estas clases medias, que se manifiesta a través de una aproximación de las retribuciones y, más en general, de las condiciones económicas de los obreros y de los empleados. La aproximación, efectivamente, tiene lugar; pero dado que ésta no se produce hacia lo bajo, sino hacia lo alto, bajo este particular aspecto parecería más correcto hablar de una tendencia al «aburguesamiento» de los obreros —o al menos de muchos obreros— más que de «proletarianización» de los empleados. De cualquier modo, las características económicas y sociales de ambos grupos sociales están en rápida y profunda mutación, especialmente en nuestro tiempo. Además, esa aproximación refleja no sólo un proceso económico, sino también un proceso cultural: aproximación en los grados de instrucción y reducción de las barreras entre trabajo llamado manual y trabajo llamado intelectual, junto con la modificación y, en parte, la asimilación de los contenidos de los dos tipos de trabajo. En la medida en que permanezcan como actividades predominantemente manuales y repetitivas, no es para nada improbable que aquellos que desarrollan este tipo de actividades, con el correr del tiempo, precisamente porque son menos gratas, obtengan retribuciones medianamente más altas —y hasta progresivamente más altas— que las de quienes desarrollan actividades de carácter propio de empleados.

En definitiva, un proceso de este género tiene un relevante significado político, ya que implica una erosión progresiva de ciertas barreras de clase: un proceso opuesto, sin más, al formulado por Marx, aunque la dirección sea hacia una sociedad socialista.

La caída de la tasa del beneficio

La caída tendencial de la tasa del beneficio, según Marx, es un fenómeno evidente; esta «ley» «constituye el misterio que se ha esforzado por desvelar toda la economía política desde el tiempo de Adam Smith: la diferencia entre las diversas escuelas de Smith en adelante consiste en las distintas tentativas para alcanzar tal solución» (*El capital*, libro III, cap. XIII).

La solución propuesta por Marx es la siguiente: Admitida una correspondencia unívoca y necesaria entre valores y precios (allí donde los valores expresan un cierto número de horas de trabajo incorporado en las mercancías), y llamando tasa de la plusvalía a la

relación entre plusvalía (p) y capital variable (v , dado por la masa de salarios), el aumento de la composición orgánica del capital, dada por la relación entre capital constante (c , máquinas, materias primas y otros medios de producción) y capital total [$c/(c + v)$], hace disminuir la tasa del beneficio [$p/(c + v)$], y el aumento de la composición orgánica es resultado inevitable de la competencia entre capitalistas. En efecto, si en una actividad económica dada una cierta empresa introduce un nuevo método que permite aumentar la productividad del trabajo y, por tanto, reducir los costos, ella obtiene un beneficio extraordinario. Esto impulsará a las otras empresas a introducir, poco a poco, el método e inducirá a nuevas empresas a entrar en el mercado, con el consiguiente aumento tanto de la productividad como de la producción. En consecuencia, los precios disminuirán, en proporción a los costos, y los beneficios volverán al nivel de partida. Tal proceso, que poco a poco se repite en tantos y tantos ramos de la actividad económica, comporta un aumento en la composición orgánica del capital, ya que los nuevos métodos normalmente se incorporan en máquinas, que son parte del capital constante. Con el aumento de la composición orgánica en la economía entera, la tasa media del beneficio tenderá a caer. Esta tendencia puede ser contrastada y, por así decir, suspendida por períodos también considerables. A largo plazo, sin embargo, ella no podrá más que imponerse; y ya que «la tasa del beneficio constituye la fuerza motriz de la producción capitalista» (son palabras de Marx), resulta comprometido el proceso de acumulación: el sistema capitalista entra, por tanto, en una fase de crisis general, que no puede ser más que el anuncio de su fin.

La solución de Marx no es ya admitida por ningún marxista de relieve, que yo sepa. En primer lugar, el mismo fenómeno —que Marx daba por descontado— es, por decir poco, extremadamente dudoso: a períodos, no breves, en los cuales se han observado indicios bastante consistentes de flexión de la tasa media del beneficio (por ejemplo: la marcha de la tasa media del interés —especialmente del interés real— puede constituir uno de estos indicios), han seguido períodos que presentaban indicios opuestos: no parece propio que se pueda hablar de una tendencia visible de modo claro y distinto. En cuanto a la específica solución analítica de Marx, aparentemente simple y convincente, ella se funda sobre esquemas extremadamente problemáticos, comenzando por la tesis de que haya una correspondencia unívoca entre valores y precios (y la tasa del beneficio se funda sobre precios, no sobre valores).

Esta, que era la «ley de movimiento» que Marx más sostenía, ya no rige; por lo tanto no rigen ni siquiera las consecuencias que a ella le atribuye. El capitalismo puede, ciertamente, declinar —en la plenitud del tiempo— y ser sustituido por otro sistema económico-social: el socialismo. Personalmente estoy convencido de que —en la plenitud del tiempo, precisamente— es muy probable que esto suceda. Pero la transformación puede tener lugar de maneras radicalmente diversas a las formuladas por Marx.

El marxismo y Rusia

Las previsiones apenas discutidas tienen en común una concepción de tipo catastrófico de la evolución capitalista. Pero, no obstante las tensiones y los conflictos de toda clase, en las sociedades capitalistas avanzadas no se han afirmado de ningún modo las tres tendencias antes recordadas: no ha habido miseria creciente de los obreros; la masa de los proletarios, lejos de volverse «la enorme mayoría de la población», se ha ido más bien reduciendo, antes en términos relativos, después también en términos absolutos; la tasa del beneficio no ha mostrado ninguna evidente tendencia hacia la caída.

En el único gran país donde se ha realizado un cierto tipo de socialismo, y éste es Rusia, el análisis marxista de la transición no se aplica en absoluto. La crisis política rusa, de la cual surge el nuevo régimen, no provenía de la caída tendencial de los beneficios, no

provenía de la crisis general del capitalismo, no había sido desencadenada por masas crecientes de proletarios exasperados por la explotación en las fábricas. En tiempos de la Primera Guerra Mundial el proletario, en el sentido de Marx, en Rusia no llegaba al 10 por cien, por decir mucho. Los revolucionarios rusos no habían sido reclutados por la fábrica moderna sino por el ejército: con los gravísimos sufrimientos de la guerra y después de la derrota, que trajo consigo la pérdida de prestigio de la clase dirigente zarista, se crearon las premisas para la revuelta que fue guiada por un pequeño número de intelectuales que no eran en absoluto proletarios. Todo esto no tiene prácticamente nada que ver con Marx.

Marx entra aquí, sin embargo, con aquella desgraciada fórmula de la dictadura del proletariado. Una fórmula que ha sido usada —junto con la del «anillo más débil en la cadena del imperialismo mundial»— para presentar la revolución bolchevique como una consecuencia natural de la teoría y de la práctica del marxismo. Fórmula desgraciada por lo capaz de enmascarar las peores prepotencias del grupo que hubiese llegado a imponerse con la fuerza y con los modernos medios de represión. Esta fórmula, por lo que parece, entra en conflicto con muchas otras afirmaciones de Marx, que quería el «reino de la libertad», que juzgaba del todo insuficiente la libertad burguesa. Las contradicciones se reducen si aquella fórmula se entiende como la indicación de una intervención provisional: en el *Manifiesto*, Marx y Engels hablan de «intervención despótica»: se trataba, en suma, de una intervención quirúrgica para traer a la luz una criatura ya viva y vital. Por otra parte, en el prefacio de *El capital*, Marx sugiere la idea de que la teoría y la praxis del socialismo científico deben servir precisamente para abreviar y atenuar los dolores del parto. Si es justo el modo de entender la metáfora de Marx, se debe observar que en la Unión Soviética se ha cometido un gravísimo abuso cuando se ha invocado —y se invoca— esa fórmula: la sociedad rusa está sobre la mesa de operaciones, para una cesárea, desde hace 66 años: ¡Un poco demasiado, aún para un cuerpo social!

El marxismo y el Tercer Mundo

Los marxistas más inteligentes y con menos prejuicios ya reconocen en sustancia la no validez de las previsiones «catastróficas» que Marx vinculaba a las sociedades capitalistas avanzadas. «La historia ha demostrado —ha escrito hace poco Paul Sweezy en la *Monthly Review*, n.º 2 de la edición italiana— que el más fuerte potencial revolucionario reside ahora en las periferias del sistema capitalista, y no en el centro como decía la teoría. Los marxistas del centro deben entonces resignarse a ser seguidores y no jefes».

La afirmación es noble, dado que Sweezy es un «marxista del centro»; pero no la considero válida. Es posible, incluso es necesario, admitir la enseñanza de Marx, que consiste en la exhortación a estudiar, antes de elaborar cualquier estrategia política, la estructura social y económica y los movimientos observables en el seno de cualquier sociedad: sin descuidar, sin embargo, el estudio de las tendencias que pueden ser definidas, ampliamente, como culturales, y que, de ningún modo, han de considerarse subordinadas y, mucho menos, mecánicamente determinadas por los movimientos de las relaciones productivas y de la estructura económico-social. Es útil reflexionar (críticamente) sobre las observaciones y sobre los esquemas analíticos elaborados por Marx con referencia al capitalismo comercial, a las formas económicas precapitalistas, a la moderna colonización. En cuanto a los análisis específicos concernientes a la lucha de clases y a las potencialidades de cambios revolucionarios, el análisis de Marx puede tener una utilidad muy limitada.

Es necesario reconocer que, no obstante los numerosos ensayos escritos por economistas marxistas y no marxistas, el Tercer Mundo bajo el aspecto económico y social su-

fre todavía de un vacío analítico. En aquellos países no se sabe cuáles son las clases sociales; especialmente es arduo (yo creo que es imposible) individualizar clases definidas y condicionadas por las relaciones de producción y que al menos potencialmente puedan considerarse los agentes de la revolución social. Como norma, se puede individualizar, al menos en los países latinoamericanos, una oligarquía, ora predominantemente agraria y militar, ora también mercantil, que está ferozmente aferrada al poder; hay masas enormes de campesinos pobres; hay marginados y subocupados en las ciudades en gran cantidad; hay, en fin, en ciertos países, núcleos de proletariado industrial, a menudo bastante bien pagados, en términos relativos, desde el momento en que las tecnologías modernas, aún administradas de modo poco eficiente, comportan una productividad relativamente elevada y, por tanto, permiten pagar retribuciones no misérrimas. Estos núcleos de proletariado industrial constituyen los grupos sociales más cercanos a aquellos sobre los que Marx concentraba sus análisis; pero en estos países representan la llamada «aristocracia del trabajo» y tienen muy escasas propensiones revolucionarias. Como agentes potenciales de la revolución, restan las masas de los campesinos pobres y de marginados y limitadísimos grupos de intelectuales pequeño-burgueses (que *antes* son revolucionarios y *después*, como consecuencia, se declaran marxistas). Se trata, sin embargo, de agentes potenciales; y más que de revolución social, la perspectiva es la de revueltas, humanamente comprensibles y, en ciertos casos, justificables. Pero el análisis de Marx no entra en esto para nada o casi para nada; llamarla causa es una ilusión intelectual y política, una ilusión que puede provocar amargas desilusiones o auténticas tragedias: análisis equivocados y proyectos veleidosos pueden terminar en campos de concentración y de tortura o en cementerios.

Qué sigue en pie del análisis marxista

En contraste con las previsiones de tipo catastrófico, no pocas de las previsiones marxistas, por así decir, neutrales, se han revelado verdaderas y fecundas. Por ejemplo, la tendencia a la concentración de las unidades productivas: es verdad que tal tendencia no se ha verificado en todos los ramos, y es también verdad que se trata de una tendencia no lineal, con importantes retornos; en tiempos recientes, en fin, han aparecido nuevos espacios para el desarrollo de la pequeña empresa, pequeña pero vigorosamente dinámica; aún reconociendo esto, se debe dejar bien claro que esa tendencia se ha afirmado en diversos ramos importantes y ha transformado la estructura económica entera. Marx había previsto el desarrollo y la difusión de las grandes sociedades por acciones, que en sus tiempos eran la excepción y no la regla. Después de las sociedades por acciones se han desarrollado los *trust*, los *holding*, las sociedades multinacionales. Marx llega a entrever las potencialidades de estas nuevas formas, si bien en aquellos tiempos eran apenas embrionarias; y no es poco mérito.

Otra concepción política, que en ciertos aspectos es también una previsión, es la que concierne al desarrollo de las economías capitalistas. Marx llega a entrever las potencialidades de estas nuevas formas, si bien en aquellos tiempos eran apenas embrionarias; y no es poco mérito.

Otra concepción política, que en ciertos aspectos es también una previsión, es la que concierne al desarrollo de las economías capitalistas. Marx, que habla de reproducción en amplia escala, o de acumulación, ve este desarrollo puesto en movimiento principalmente por las innovaciones tecnológicas y lo ve como un proceso cíclico: según Marx, el desarrollo productivo no puede proceder de manera lineal, pero tiene, necesariamente, una marcha fluctuante. El análisis que Marx realiza del movimiento cíclico, como también su análisis —estrechamente conectado con el precedente— de la moneda y del crédi-

to, ha sido descuidado por los economistas, incluidos los marxistas; y éste ha sido un daño no leve para los estudios económicos, ya que se trata de análisis excelentes.

De todos modos, la más fecunda tesis de Marx —fecunda en su globalidad y también en sus corolarios analíticos— es la de la historicidad de los sistemas económico-sociales: en rigor, no es un punto de vista original, pero lo elabora de un modo nuevo y articulado aunque, para Marx, la historia de los sistemas económico-sociales en cierto sentido termina con el advenimiento del sistema comunista.

La validez de las previsiones, y la fecundidad de las concepciones ahora recordadas, son ya reconocidas de manera bastante extendida por estudiosos marxistas y no marxistas. Hasta una época reciente el sectarismo era la regla: los adversarios de Marx se inclinaban a rechazar en bloque su aparato analítico, los seguidores a defenderlo en bloque. Afortunadamente, ahora las cosas están cambiando y el sectarismo está en declive en uno y otro campo. Hay todavía una tendencia, entre los marxistas, a una defensa a ultranza de la teoría del valor; pero no estoy de acuerdo y no constituyo en absoluto un caso aislado: no aceptar la teoría del valor en la formulación de Marx (yo no la he aceptado nunca) no significa echar por la borda a todo Marx. Pienso que el análisis moderno del problema de la transformación de los valores en precios ha demostrado que la teoría propuesta por Marx no funciona. Pero esto no significa que Marx no tenga muchas cosas que enseñar tanto sobre la evolución concreta de las economías capitalistas como sobre sus cánones interpretativos. Benedetto Croce había puesto en evidencia el canon interpretativo general, que es el de considerar de manera sistemática los aspectos económicos de los procesos históricos; pero una sugerencia tal, hace falta decirlo, es un poco general y hasta un poco genérica. Andaré un poco más y veré, como canon interpretativo, la historicidad no sólo de los sistemas sociales, sino también, en el interior de los sistemas sociales, de ciertas relaciones características que están históricamente condicionadas.

Para dar un solo ejemplo en el campo no propiamente económico, sino econométrico: la ecuación de los salarios en los tiempos de Marx tenía una configuración; hoy tiene otra configuración, no porque Marx hubiese errado (más bien había dicho cosas interesantes, en esencia había anticipado la llamada curva de Phillips), sino porque han cambiado las condiciones históricas. En particular los sindicatos, que antes eran débiles, ahora se han vuelto fuertes; y éste es un cambio histórico que comporta otro modelo teórico: la ecuación de los salarios, que en una primera fase histórica podía incluir una sola variable (lo contrario de la desocupación), en una segunda fase histórica requiere al menos una segunda variable, y ésta es el costo de la vida.

Doy otro ejemplo. Marx pone en evidencia —y sobre este punto Schumpeter, el gran teórico del ciclo económico, es inferior a Marx— el hecho de que el movimiento cíclico comienza sólo después de que la industria mecánica se ha afirmado plenamente, o sea, después de las guerras napoleónicas. Antes de esa época, la industria mecánica está en un estado de tal modo embrionario que no puede haber movimiento cíclico: puede haber cada tanto algunas crisis casuales imputables a los orígenes más diversos, como sostenía el mismo Ricardo, quien afirma que la crisis depende de un movimiento cualquiera de «desorden» (*desagement*). Schumpeter ve un movimiento cíclico que se pierde en la noche de los tiempos, pues lo liga a las innovaciones; e innovaciones se pueden haber dado en un pasado también muy remoto. Sobre este punto no estoy de acuerdo con Schumpeter; comparto, en cambio, la tesis de Marx. Hoy los economistas sostienen que el movimiento cíclico afecta esencialmente al sector de las inversiones; pero, ¿por qué está constituido este sector si no es por la industria mecánica, más alguna otra industria como la de la construcción de plantas? Marx sostiene que el movimiento cíclico verdadero comienza en la forma que conocemos sólo después de que se ha afirmado la industria mecánica, y no puede dejar de cambiar en el tiempo, en sus características y en su

periodicidad; con este propósito Marx hace hipótesis interesantes, todavía dignas de reflexión.

Sobre el crédito y sobre la moneda, Marx elabora un análisis extraordinariamente agudo y moderno y propone observaciones que sólo algunos decenios después desarrolla, por su cuenta, Antonio de Vitti de Marco, en Italia. Aún más: Marx habla de la separación entre propiedad y control en las sociedades por acciones; habla del inevitable crecimiento de la intervención pública en la economía; y son sólo otros dos ejemplos de tesis de Marx que pueden ser aceptadas por los economistas de las más diversas tendencias. La verdad es que pueden aceptar muchas tesis fundamentales de Marx y ser conservador.

Marxismo y revolución

Desde el punto de vista intelectual no es estimulante observar cuánto se ha difundido la convicción de una necesaria conexión entre marxismo y revolución: quien es marxista no podría dejar de ser, al menos en las intenciones, revolucionario, y viceversa. Pero no es así en absoluto. Schumpeter era marxista y era conservador. Entendámonos: Schumpeter no aceptaba la teoría del valor, pero era marxista por la concepción general de la evolución económica y social. Además, el elogio del papel histórico de la burguesía hecho por Marx es mucho más vigoroso e incisivo que el elogio implícito en las teorías de todos los llamados economistas burgueses juntos: la burguesía ha realizado otras maravillas como ninguna de las civilizaciones precedentes; así ha escrito: lo recordamos todos. Entonces se puede también aceptar la teoría de la explotación, la teoría del valor y todo el resto, pero considerar que la revolución no está a la orden del día, porque el papel histórico de la burguesía está muy lejos de haberse agotado; y el papel histórico es el de desarrollar las fuerzas productivas. Marx —se puede decir todavía— ha cometido un error cronológico: pensaba que la revolución estaba a la vuelta de la esquina; en cambio se ha equivocado en cien o doscientos años, ¡quién lo sabe! El error de Marx, entonces, es cronológico, no lógico.

He planteado la cuestión en términos deliberadamente paradójicos para mostrar que es del todo posible ser marxista, aún en el sentido relativamente estricto, y ser conservadores. Pero la conclusión, para nada paradójica, consiste en que todo estudioso de disciplinas económicas y sociales puede aprender mucho de Marx sin por ello modificar sus propias convicciones políticas: es hora, ya, de abandonar cualquier prejuicio y cualquier sectarismo.

Está relativamente difundida la opinión de que Marx es aceptado o rechazado en bloque: muchos piensan que no es posible admitir ciertas partes de Marx y no otras, utilizar ciertos cánones interpretativos suyos y rechazar ciertas tesis tuyas, hasta relevantes, como la teoría del valor. Una opinión como esa tiene sentido sólo si se considera el marxismo como un sistema filosófico, como una concepción del mundo, casi una fe; pero si lo consideramos en términos laicos como un aparato analítico, entonces es del todo normal seleccionar y discriminar.

¿Por qué Marx, no obstante todas las críticas; no obstante las numerosas declaraciones de muerte, está todavía vivo?

En parte por razones lógicas, pero, en parte aún mayor, por motivos de fe que podemos definir como laica, como decía poco antes: una fe inmanente, no trascendente. En el pasado la gente común y los mismos pensadores —los filósofos— aceptaban sin discusión la vida y los males de la vida, individual y social; los filósofos se proponían conocer

el mundo, no cambiarlo. En nuestra época del racionalismo, que poco a poco asume muchas y diversas denominaciones, los males de la vida, individual y social, no se aceptan ya fatalmente; y se difunde la idea de que es posible cambiar el mundo: Marx afirma esta idea con vehemencia, hace de ella, inclusive, su propia bandera. En los términos de Marx en Europa, y especialmente en Inglaterra, la vida de la gran masa de los trabajadores era atroz, como resulta de las mismas encuestas oficiales sobre las condiciones de los trabajadores en las fábricas. Cuando toma conciencia de este estado de cosas, Marx es presa de indignación, una indignación que finalmente es racionalizada en su programa, que es, sobre todo, un programa analítico en función revolucionaria. También en nuestro tiempo, cuanto más grave es la situación social tanto más grande es el escepticismo de muchos intelectuales con respecto a una estrategia de transformaciones graduales y más fuerte la tentación de desembocar en vías revolucionarias. Así, en América Latina son numerosos los intelectuales que sienten una atracción romántica y estética por la revolución en cuanto tal: estos intelectuales *primero* son revolucionarios y *después* se hacen marxistas. Desprecian el «reformismo» y exaltan la línea revolucionaria, que es graciosa, es bella, es la línea que verdaderamente puede acabar con todo lo que es infeliz, injusto y socialmente horrendo. Esta es una concepción que se enmascara de marxismo pero que, a mi juicio, con el marxismo no tiene casi nada que ver. Sin embargo, es una concepción que ha contribuido en gran medida a mantener vivo el interés cultural por el marxismo.

En cuanto a los países de capitalismo avanzado, me parece que ya antes de finales del siglo pasado las probabilidades de una revolución social eran muy bajas; hoy son casi inexistentes: es hora de reconocer sin reservas esta verdad y de extraer de ella todas las consecuencias. Hoy los riesgos de cualquier mutación política violenta provienen de la derecha, no de la izquierda.

Por lo tanto, en las sociedades capitalistas avanzadas, no obstante ciertas apariencias, en cuanto revolucionario Marx ha muerto definitivamente. Como economista, empero, y, creo yo, como filósofo, no ha muerto: revive en algunos de sus descendientes y en numerosos hombres de estudio, aunque, entre éstos, muy pocos son los que se consideran o son considerados marxistas.

Traducción: Mario Merlino
© Mondoperaio